

PRESENTACIÓN

Todo empezó un 27 de diciembre, hace más de cinco años. Celebraba 50 vueltas al sol y decidí hacer un pachangón en mi casa. Yo misma hice las invitaciones, ordené la comida y busqué una DJ que animara la fiesta. Estaba dispuesta a sacarle brillo al piso bailando.

El día en cuestión bailé hasta cansarme, me sentía feliz por los muchos amigos que me acompañaron y creo que también me pasé de tragos. Casi al finalizar la velada, me pidieron apagar las velas y dirigir unas palabras. A esa hora, y con muchos tequilas entre pecho y espalda, me resultó fácil decir que a mis 50 años, habiendo recorrido ya más de la mitad de mi vida, quería aventurarme en un proyecto personal. Iba a escribir un libro. “Un libro sobre erotismo y sexualidad de la mujer chapina”, así lo dije ante la sorpresa y susto de los invitados, que no esperaban un comentario de este tipo delante de un pastel de cumpleaños.

Aquella promesa salida de un alma en estado etílico siguió dándome vueltas, hasta que tres años

después decidí tirarme al agua. Haría un libro de cuentos de historias de mujeres escogidas al azar. No sería un relato textual, tampoco sería algo completamente imaginario. Serían relatos verdaderos contados con mentiras. Cuentos ficticios, basados en las verdades que me susurraran.

Al principio, invité a conocidas y amigas que estuvieran dispuestas a compartirme sus hazañas amorosas. Preparé una ficha técnica que me permitiera recopilar algunos datos básicos de las entrevistadas: edad, orientación sexual, género, nivel educativo, residencia, nivel socioeconómico, etc. Comencé a hacer llamadas y agendar citas con las mujeres más cercanas, aquellas que desde el comienzo de mi aventura me habían dicho que estarían dispuestas a confiarme sus secretos de alcoba.

Contemplé dos entrevistas para cada una de mis colaboradoras amigas. Una para acordar el procedimiento y compartir los objetivos, y otra para que ellas me contaran sus interioridades. Sin embargo, con ninguna de ellas logré llegar a dos encuentros ya que de entrada todas se explayaron con creces en sus narrativas. Dos, tres y hasta cuatro horas de susurros, risas y llanto salieron espontáneamente de aquellas extraordinarias mujeres.

Recuerdo la primera guerrera que aceptó una cita. Yo pensaba que solo iba a explicarle el proyecto y ver su disposición a ser parte de esta locura que me traía entre manos, pero ella comenzó de un tiro a soltar un entrelazado tejido de historias formidables. Anonadada la escuchaba, mientras sudaba a mares porque no estaba preparada, no llevaba grabadora, ni siquiera tenía a mano papel y lápiz. No quería

detener su relato pero agonizaba registrando en mi memoria cada detalle que ella me contaba.

Ese día, después de la entrevista, corrí a mi casa y me senté frente a la computadora a vaciar el mar de historias que me desbordaban. Pasé escribiendo como tres horas y luego, archivé aquel texto sin darle una segunda mirada. Pasaron dos años para que volviera a encontrarlo. En el intervalo perdí a dos hermanos y me fui a vivir a tierras lejanas. Regresé a Guatemala en el 2019 y decidí retomar la promesa hecha en aquel cumpleaños.

Leí lo que había escrito de mi primera colaboradora y me pareció que había buena tierra para seguir arando. Ahora estaba preparada, llevaba siempre mi libreta de anotaciones, el celular para grabar (siempre y cuando me lo autorizaran) y la humildad para recibir agradecida todo lo que me quisieran contar.

Rápidamente, aquel proyecto que inició con amigas se fue ampliando a otras mujeres desconocidas, a otros lugares fuera de la capital, a otras culturas fuera de la ladina urbana. De aquel pequeño círculo inmediato de mujeres ladinas heterosexuales y cisgénero, pasé a un mundo más amplio de mujeres homosexuales, bisexuales, pansexuales y transsexuales. Mujeres de los pueblos ixil, q'eqchi' y garífuna también fueron parte de este experimento. Durante casi un año entrevisté a más de una veintena de mujeres, que cambiaron mi parroquial manera de ver la sexualidad y el erotismo.

No todo fue color de rosa, como imaginé en un inicio. Creí que descubriría un océano de historias sensuales y eróticas, y ciertamente, encontré mucho

de esto; pero también encontré violencias –así en plural– que comparten espacio con el erotismo y que muchas veces lo suplantan, ahogando en el acto cualquier rastro de amor y pasión.

La mujer guatemalteca es como las casas de La Antigua, me dijo una vez alguien. Todas parecen iguales por fuera, todas tienen la misma fachada, pero cuando se abre la puerta cada una es una estancia única y espectacular. Algunas están en escombros, otras se muestran elegantes y ordenadas, algunas tienen partes rotas y paredes caídas, otras en cambio están en constante remodelación. Así son ellas, las mujeres valientes que con dulzura y confianza me abrieron las puertas de su corazón para dejarme entrar en su interior, en esos rincones de las casas donde nadie pasa, mucho menos los extraños.

A ellas les prometí salvaguardar su identidad, por esta razón en estos relatos los hechos se mezclan, los lugares cambian y los nombres son todos falsos, pero cada uno trata de conservar la esencia de lo que ellas me contaron. Sus secretos murmurados fueron mi inspiración para esta colección de cuentos que llevo años trabajando. A cada una de ellas dedico estos relatos de placer.